

LA HABITACIÓN QUE NADIE QUERÍA

Decían que estaba mal orientada, que no tenía luz natural, que la moqueta olía a humedad y que la calefacción nunca funcionaba. La llamaban “la habitación inhóspita”. Y, sin embargo, fue la única que me ofrecieron cuando llegué.

El primer día pensé en rechazarla, pero algo en su penumbra me contuvo. Era como si la habitación también me estuviera observando.

Colgué mi abrigo, abrí el portátil, y traté de olvidar que la pared del fondo estaba descascarillada y que las juntas del techo crujían cuando el viento soplaba.

Pasaron los días. Nadie venía. Nadie llamaba. En ese rincón apartado del edificio, el tiempo se volvió lento, casi suave. Como si el mundo hubiese olvidado que yo existía.

Y entonces empecé a escribir.

No informes. No correos. No actas. Escribí sobre los rincones que no salen en los planos. Sobre las vidas que se derrumban en silencio. Sobre ventanas que no dan a ninguna parte.

Cada tarde, cuando el edificio se vaciaba, mi habitación se llenaba de palabras. Como si ella también necesitara ser contada.

Hoy me han dicho que pueden trasladarme a otra oficina. Más grande. Con vistas.

He dicho que no.

Me quedo. En la habitación que nadie quería.
Donde todo lo que parecía inhóspito... empezó a ser hogar.